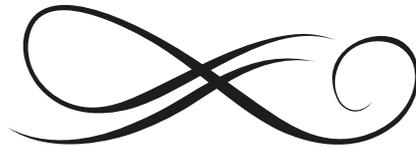


MIMI MATTHEWS

LA OBRA  
DE ARTE

Libros de  
*seda*

*A mi madre, Vickie*



## CAPÍTULO 1

*Londres, Inglaterra*

*Primavera de 1814*

El capitán Arthur Heywood no había visto en su vida un grupo de perros tan mal educados. Los tres canes irrumpieron en la biblioteca y pasaron a la carrera por delante de la criada mientras la pobre chica salía de la estancia tras haberles servido el té a los caballeros. Tuvo que hacer un movimiento brusco para esquivar al más grande, una especie de perro lobo enloquecido, y no pudo evitar perder el equilibrio y dejar caer la bandeja, que se estrelló con estruendo contra el suelo de mármol.

Los hombres presentes en la biblioteca se pusieron de pie de inmediato. El conde de Edgeworth rugió indignado. El vizconde de Darly agarró al perro lobo enorme por el cogote. Y el anfitrión, el señor Edgar Townsend, un financiero muy conocido, pidió ayuda a gritos sin abandonar el refugio que le procuraba el inmenso escritorio de madera de caoba.

Solo Arthur permaneció sentado. No tenía capacidad para intervenir en el guirigay. Uno de los perros había tirado al suelo su bastón, que, arrastrado por los demás chuchos, se deslizó sobre el mármol hasta quedar fuera de su alcance. Como consecuencia, no podía hacer otra cosa que observar desde el sofá de la biblioteca la anarquía de la escena.

El caos era completo. De hecho, a no ser que estuviera juzgando mal la escena, la bestia gigantesca a la que Darly intentaba reducir estaba a punto de arrancarle la cabeza al vizconde de un mordisco.

—¡*Basil*, no! —gritó una voz femenina desde la puerta.

Arthur alzó la cabeza justo a tiempo de ver a una dama joven entrando a toda prisa en la habitación. Sujetaba a un terrier negro y desaliñado bajo el brazo, un brazo delgado; lo llevaba de la forma en la que una gran señora transportaría a su perrito atildado y mimado. Al pasar junto al sofá, soltó al animal sobre el regazo de Arthur. La joven no pareció haberse dado cuenta de su presencia: había fijado toda la atención en Darly.

—¡Phyllida! —tronó Townsend—. ¿Se puede saber qué está pasando?

La joven no le hizo el menor caso y se dirigió sin dudar al vizconde.

—Señor, le suplico que lo suelte. —Colocó la mano sobre el lomo áspero del perrazo—. En realidad, es muy tranquilo.

—¿Tranquilo? ¿Esta bestia? —Darly alzó los ojos para mirar a la joven. Y se quedó lívido—. Le ruego que me perdone, señorita, yo...

—Suéltelo —ordenó—. Le aseguro que no le va a morder.

Sin dejar de mirarla, Darly apartó la mano del perro y, cauteloso, dio un paso atrás. Una vez suelto, aquel can gigantesco dejó de gruñir y salió de la biblioteca a toda velocidad. Los otros dos, que parecían pastores escoceses mestizos, se apresuraron a seguir a su alocado líder.

Arthur agarró al terrier que tenía sobre el regazo para dejarlo en el suelo, con la idea de que trotara detrás de sus congéneres. El perrito se retorció enérgico.

—¡Oh, no, señor! —La joven casi voló hacia el sofá y le quitó al can de las manos—. No se le puede dejar en el suelo. Cojea de una pata y le cuesta mucho andar.

Tras haber pronunciado tales palabras, la habitación quedó en un silencio mortal.

Arthur pensó que lo normal sería sentir algo, cierta vergüenza. Pero no sintió nada, salvo una levísima punzada de disgusto por estar donde estaba. Ni la biblioteca de Edgar Townsend ni tampoco la ciudad de Londres eran lugares adecuados para él. Verse obligado a estar allí sí que era una fuente de amargura. Así que, en realidad, las palabras inoportunas de una extraña ni empeoraban ni mejoraban las cosas.

—Phyllida —terció Townsend con los dientes apretados—. ¿Acaso no te he dicho...?

—¿Papá? —La hija mayor de Townsend apareció en el umbral de la puerta. Llevaba un sombrero de paja muy a la moda que dejaba claro que se disponía a salir—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Los dichosos perros de tu prima... —soltó Townsend.

Como respuesta a sus palabras, la joven, al parecer sobrina de Townsend, sujetó bajo el brazo aún con más firmeza al terrier y se inclinó para disculparse, aunque sin dirigirse a nadie en particular.

—Les pido perdón, caballeros —se excusó. Después, con la cabeza bien alta y la espalda erguida, abandonó la biblioteca junto la hija de Townsend, cerrando la puerta al salir.

Arthur apoyó la espalda en los cojines del sofá y estiró la pierna herida todo lo que pudo. Darly se acercó a recoger el bastón del suelo. Arthur lo tomó de sus manos sin decir palabra. Para un observador despistado, no era otra cosa que un bastón de paseo robusto y elegante, pero todos los que estaban en la biblioteca sabían muy bien que sin el apoyo que le procuraba a Arthur le resultaría imposible caminar por la habitación.

Townsend se aclaró la garganta.

—Esos perros son una molestia. Ni mucho menos se comportan, y además no son de raza. Mi sobrina se negó a venir a Londres sin ellos. Tendría que haberme mostrado firme, pero...

—Su sobrina es muy atractiva, Townsend —lo interrumpió Darly—. Sabía que una joven de Devonshire estaba de visita en su casa, pero no podía imaginarme que...

Townsend volvió a su butaca con la misma expresión en la cara que cuando hablaba de cualquier inversión importante para sus negocios.

—Sí. La señorita Satterthwaite es una joven bastante singular. Es nieta de sir Charles, de Satterthwaite Court, en Devonshire, que era pariente lejano mío y falleció hace poco. En el 79 fue nombrado caballero en agradecimiento a sus servicios a la Corona.

Edgeworth frunció el ceño.

—Satterthwaite Court... Es la hacienda que heredó usted hace seis meses, ¿verdad?

—En efecto, milord.

Darly rio.

—Supongo que la joven formaba parte del lote, ¿no es así?

Townsend miró con desagrado al vizconde.

—La señorita Satterthwaite se quedó sin medios para vivir. No tengo ninguna obligación para con ella, por supuesto, pero no soy un hombre despiadado. Tiene más o menos la edad de mis hijas y aquí en Londres me sobra sitio, así que la he invitado para que se quede con nosotros hasta que llegue el momento de que se case. Tengo la esperanza de que, estando en la ciudad, pueda aspirar a un buen partido.

—Tiene unos ojos fuera de lo común —murmuró Darly—. Nunca había visto nada parecido.

Edgeworth soltó un gruñido. Era el hombre de más edad que había en la habitación; poseía una propiedad enorme en Hertfordshire y, a todos los efectos, se podía decir que no era más que un granjero con título.

—Una vez tuve un perro ovejero que era idéntico. Tenía un ojo de color azul y el otro marrón. No sé si eso puede describirse como «fuera de lo común».

Arthur no había podido verle los ojos a la joven. No lo había mirado, ni siquiera cuando le había quitado el perro de las manos, y en ese momento pensó que tal comportamiento podría tener que ver con su propia apariencia, que de algún modo había desagradado a la dama. Pero ahora, tras oír los comentarios de los demás caballeros, pensó que quizá tenía más que ver con ella misma.

—Sus ojos no son ni mucho menos su único activo, lord Edgeworth —intervino Townsend—. Incluso un hombre tan particular como usted tendría que ser capaz de apreciar el resto de sus encantos.

Arthur no había prestado mucha atención a los «encantos» de la señorita Satterthwaite. La joven había aparecido en la habitación como un rayo de determinación energética y femenina, y se había marchado con idéntica celeridad. Solo se había quedado el tiempo suficiente como para dejarle la imagen de una figura de curvas suaves con una mata de pelo oscuro, de color caoba, que no se dejaba dominar ni por un moño ni por las horquillas.

Quizá fuera atractiva, pero eso era algo que ya hacía tiempo que había dejado de impresionarlo. Había salido de su hacienda de Somersetshire para ocuparse de unos negocios en nombre de su padre. En cuanto hubiera terminado, regresaría al campo y, por lo que a él respectaba, ojalá no volviera a ver nunca más a otro ser humano.

Darly se dirigió a Townsend tras reír entre dientes durante un rato.

—Si su intención es casar a su sobrina, ¿por qué la esconde?

Por el rostro cadavérico de Townsend pareció cruzar la sombra de una sonrisa.

—Mi hermana, la señora Vale, está supervisando los... preparativos. La señorita Satterthwaite hará su presentación en sociedad el sábado, en el baile de los Worthing.

—¡Así que ese es su plan! —concluyó Darly con una carcajada.

—Claro, el Coleccionista... —dedujo Edgeworth entre dientes—. No se pierde ningún acto social que organicen los Worthing.

Al duque de Moreland le gustaba coleccionar de manera compulsiva todo lo que fueran rarezas, siempre y cuando estas tuvieran un gran valor. Le atraían en especial aquellos objetos muy valiosos, únicos; esos tesoros que todo el mundo querría tener y que, si se poseen, generan la envidia y admiración de los demás. De hecho, se decía que su afán de búsqueda de tales rarezas ya no era una obsesión sino que se había convertido en una manía.

Si deseaba algo único, Moreland no se detendría ante nada para obtenerlo. Y si, fuera por lo que fuese, no lo conseguía, algo que, por cierto, casi nunca sucedía, se decía que solía vengarse, aunque sin duda eran historias apócrifas, y que ejercía dicha venganza con mano de hierro contra aquellos que habían sido tan estúpidos como para impedirle alcanzar lo que deseaba.

Arthur conocía la reputación del duque, pero lo que no sabía era que la fijación de aquel hombre por el coleccionismo pudiera extenderse también a los seres humanos.

—He oído que Moreland está buscando nueva esposa —comentó Edgeworth—. La que tenía murió de repente, al menos eso me han dicho. Se ahogó en una fuente o algo parecido; en cualquier caso, fue una muerte extraña.

—Un accidente trágico. —El comentario de Townsend vino acompañado por un gesto de desdén con la mano—. Era una jovencita que acababa de salir del colegio. El duque ha dejado claro que su próxima esposa será una mujer algo más madura.

—¿Qué edad tiene su sobrina? —preguntó Darly—. Espero que cumpla esas expectativas.

—Veintitrés años.

Edgeworth se bebió el té de un solo trago.

—En el caso hipotético de que se interese por su sobrina, Townsend, no le quepa duda de que el duque hará que a usted le merezca la pena.

Townsend inclinó la cabeza, mostrando que estaba de acuerdo.

—Es una desgracia que a su edad Moreland siga siendo el mejor candidato para todas las jóvenes casaderas —dijo Darly—. Tendría usted que presentárnosla de modo formal.

—Y lo haré, por supuesto —confirmó Townsend—. Cuando vengan todos a cenar la semana que viene.

Darly dejó la taza de té con su platillo en la mesa auxiliar haciendo un poco de ruido.

—No veo ninguna razón para retrasarlo.

Townsend torció el gesto.

—Milord, por desgracia, tengo la impresión de que la señorita Satterthwaite y mis hijas ya han salido para dar su paseo matinal. Tal vez en otro momento...

—¿Y por qué no nos unimos a las damas? —sugirió Darly—. Hace un día muy agradable. Seguro que nos vendría bien a todos respirar al aire libre.

Era obvio que a Townsend no le agradaba la sugerencia, pero no era el tipo de hombre que se planteara siquiera molestar, y menos ofender, a personas con las que tenía negocios. Y mucho menos tratándose de algo tan sencillo como una simple presentación.

—Muy bien. Un paseíto por el parque no hará daño a nadie, supongo. Edgeworth miró a Arthur.

—¿A ti qué te parece, Heywood? ¿Te ves capaz? —En el tono de la voz del hombre se percibía cierto deje de pena—. Si no te apetece, no pasa nada.

Arthur había agarrado con fuerza el mango del bastón.

—Estoy seguro de que me las arreglaré, gracias.

—¡Estupendo! —Darly se levantó, se puso el abrigo, magnífico y muy bien hechurado, y se lo estiró con mimo—. Si salimos ahora, seguro que las alcanzaremos enseguida.



Phyllida Satterthwaite alzó la cara en dirección al sol sin preocuparse ni lo más mínimo de que los rayos del sol pudieran causarle algún perjuicio en la piel, muy delicada. No había nada que le gustase más que el aire fresco y el ejercicio. Mientras vivía con su abuelo en Devonshire, dar largos paseos con los perros había sido lo habitual, lo hacía casi a diario. A veces recorría bastantes millas para visitar a algún arrendatario, o a amigas del pueblo, con *Basil*, *Jasper* y *Dash* trotando junto a sus tobillos y *Fox* en brazos.

Aquellos días ya no eran más que un recuerdo.

Habían pasado seis meses desde que muriera su abuelo y solo uno desde que conoció a Edgar Townsend. El tío Edgar, como él mismo la había animado a que lo llamara, era el único heredero varón de la hacienda de su abuelo. Al finalizar del periodo de luto, Townsend llegó a Fox Cross y procedió a realizar en Satterthwaite Court un inventario exhaustivo... que incluía a la propia Philly. Casi de inmediato, llegó a la conclusión de que lo mejor que se podía hacer con la hacienda era alquilarla y decidió vender en subasta pública todo lo que hubiera que tuviera algún valor. Su propio futuro se decidió con la misma premura y eficiencia. Se trasladaría a Londres con su tío, que le costearía una temporada con el fin de que encontrase un marido adecuado.

—Es lo menos que puedo hacer para honrar la memoria de tu abuelo —le dijo—. Seguro que no deseaba que te vieras obligada a servir una vez que él muriera.

A Philly no le gustó el plan, pero apenas lo discutió. El poco margen de maniobra que le quedó lo empleó para ayudar a los sirvientes, en especial al ama de llaves, que ya estaba casi ciega, y al mayordomo, que de mayor que era no podía desplazarse sin la ayuda de dos muletas.

Tras organizarlo todo, tanto ella como sus cuatro perros fueron enviados a Londres sin apenas dilación. Se habían acabado para ella las caminatas interminables por el campo, y menos en compañía de sus dos primas. Tanto Elizabeth como Abigail Townsend eran criaturas de ciudad. Preferían dar paseos tranquilos y más bien cortos, más adecuados, por supuesto, para lucir sus modelos, elegantes, caros y siempre a la última, que la habilidad de su padre en los negocios permitía sufragar sin problemas.

—Lord Darly es vizconde —comentó Elizabeth mientras caminaba al lado de Philly—. Soltero. —A sus veinticuatro años, Elizabeth también lo era.

Abigail caminaba cerca de las dos chicas mayores. Solo tenía dieciocho años, por lo que ante ella se presentaba todavía un brillante futuro romántica sin mácula alguna.

—Es muy atractivo.

Elizabeth hizo caso omiso de su hermana pequeña.

—Y después tenemos al capitán Heywood. Solo Dios sabe qué hace en nuestra casa. Lleva una eternidad sin acudir a actos sociales. Supongo que papá lo habrá tentado con algún asunto que pueda reportarles a ambos una buena cantidad de dinero.

Los perros de Philly daban vueltas alrededor de la joven y se le enredaban en las amplias faldas del vestido de muselina que llevaba, muy sencillo; para abrigarse, se había puesto una pelliza descolorida. Tal atuendo no tenía nada que ver con los elegantes y modernos vestidos de paseo de sus primas, ni tampoco con la ropa que su tío le había comprado a su llegada a Londres: vestidos para todas las ocasiones, muy bonitos, la verdad; demasiado como para ponérselos para dar un simple paseo por el parque. Al menos, eso era lo que ella pensaba.

Seguro que la hermana viuda del tío Edgar, la señora Vale, sufriría una apoplejía al verla así, aunque no era algo que le importara mucho. Siempre que tenía la posibilidad, prefería ponerse los vestidos que tenía de cuando vivía con su abuelo. Era uno de los pocos actos de desafío que podía permitirse.

Se inclinó para quitarles las correas a los perros, que salieron corriendo hacia delante, aunque sin alejarse mucho, dando saltos y moviéndose en círculos a su alrededor. A *Fox* no lo soltaba, impedía que saltara al suelo.

—¿Cuál de ellos es el capitán Heywood?

—El caballero de pelo oscuro que estaba en el sofá. ¿Cómo es posible que no lo hayas visto? Sujetaba a tu perrito maleducado igual que lo sujetas tú ahora.

Philly apretó a *Fox* contra el pecho.

—La verdad es que no le presté mucha atención.

Abigail se colocó a la altura de Philly y caminó junto a ella.

—Arthur Heywood es el segundo hijo del conde de Gordon. Sufrió unas heridas espantosas en la guerra.

—Ah, ¿sí?

—Así fue —confirmó Elizabeth—. Se dice que, tras resultar herido en una escaramuza, pasó varios días en el campo de batalla sin que lo recogieran,

pues lo dieron por muerto. Y que, cuando por fin lo encontró un grupo de soldados, casi había perdido la razón.

Durante un rato, Philly reflexionó sobre la información recibida.

—Si casi había perdido la razón, ¿cómo es que va a hacer negocios con vuestro padre?

—Pues... supongo que ya habrá recuperado la cordura —contestó Elizabeth con tono algo irritado—. De todas formas, todo el mundo sabe que, desde que volvió de luchar en España, no está del todo... bien.

—Es una historia muy romántica —intervino Abigail—. Antes de ir a la guerra, estaba comprometido con lady Eliot. Por aquel entonces su nombre era Caroline Battersby y...

—Esa historia no tiene nada de romántica —interrumpió Elizabeth—. Es verdad que estaban comprometidos, pero, cuando el capitán Heywood regresó a Inglaterra, Caroline Battersby ya se había casado con el barón Eliot. Ni siquiera se dignó a escribir al capitán para informarlo de que ponía fin al compromiso.

—Pero él no ha dejado de amarla —intervino de nuevo Abigail—. Y, al parecer, ha prometido no casarse...

—¿Quién querría casarse con él? Es un hombre de lo más desagradable y, desde que volvió de la guerra, apenas puede andar.

En ese momento, Philly recordó lo que le había dicho al arrebatarse a *Fox* del regazo. Ahogó un gruñido de irritación consigo misma. ¡Por Dios bendito! ¿Qué habría pensado de ella? ¡Hacer semejante comentario sobre una dolencia tan horrible...!

—Lady Eliot enviudó hace algo más de un año —continuó Abigail—. Y ahora que el capitán Heywood ha venido a la ciudad por asuntos de negocios, ¿no intentará verla? ¡O puede que no haya venido a Londres por negocios! Quizá se ha enterado de que lord Eliot ha fallecido y ha venido a reunirse con su viuda una vez finalizado el periodo de luto. ¡Oh, seguro que la ama con desesperación!

—Lo conocí el año de mi presentación en sociedad —añadió Elizabeth con tono desabrido—. Ya por aquel entonces era un caballero frío y distante, muy pagado de sí mismo.

—No la sacó a bailar —le susurró Abigail al oído a Philly—. La verdad es que era bastante grosero, pero atractivo.

Elizabeth alzó la mandíbula.

—Bobadas. Nunca me ha parecido atractivo. Y ahora, después de todo lo que ha ocurrido, casi ni lo reconozco.

Apenas habían avanzado cuando Philly oyó que su tío las llamaba. Tanto ella como sus primas se detuvieron y se volvieron para ver qué ocurría.

El tío Edgar y los caballeros que habían estado con él en la biblioteca se acercaban. Consternada, comprobó que el capitán Heywood formaba parte del grupo.

Mientras se aproximaban, Philly lo observó con discreción para intentar hacerse una idea. Era bastante más alto que los demás caballeros. Tenía los hombros anchos y era de complexión atlética, lo que no cuadraba mucho con el hecho de que necesitara usar bastón. Pese a lo ocurrido en la guerra, fuera lo que fuese, seguía manteniendo el porte erguido y orgulloso de un militar.

Tenía el pelo de color azabache, aunque en las sienes le asomaban algunas canas. Vestía de negro, como si quisiera que su atuendo hiciera juego con el color de su cabello, algo que le confería un aire de austeridad innecesario, como si estuviera de luto. En todo caso, fue el rostro lo que más le llamó la atención. Los rasgos de su cara eran solemnes, severos, casi hostiles, y pudo captar en ellos la presencia inequívoca del dolor.

Le costaba caminar, sin duda le dolía y sufría al hacerlo, tal vez igual que le pasaba al pobre *Fox* cuando lo intentaba. Siendo así, ¿por qué lo hacía? ¿Y por qué su tío y sus amigos habían tenido tan poco tacto y le habían abocado a padecer a semejante sufrimiento?

—Vamos, chicas —dijo el tío Edgar—. Hemos decidido acompañaros en vuestro paseo por el parque. Lord Edgeworth, lord Darly, capitán Heywood, les presento a mis hijas, Elizabeth y Abigail, y también a mi sobrina, la señorita Phyllida Satterthwaite.

Tras las presentaciones, Philly se sintió bajo un escrutinio estricto y penoso, y, pese a dar las respuestas educadas que correspondían, de forma instintiva miraba más allá de los ojos de los caballeros que se dirigían a ella.

La situación de tener que conversar con personas desconocidas, nobles y sofisticadas, era lo que menos le gustaba de su estancia en Londres. Se sentía fuera lugar cuando la acribillaban a preguntas o notaba cómo la miraban a la cara con mucha curiosidad y sin el recato más mínimo.

Lord Darly no se abstuvo de posar en ella una mirada más bien de deseo que curiosa. Se suponía que eso tenía que ser un honor, pues un caballero como él, de alto rango y fortuna cuantiosa, parecía muy interesado en conocerla. También era atractivo, al menos si se tenía en cuenta el canon de belleza que juzgaba el cabello rubio y la nobleza elegante y desenvuelta como los máximos atributos de un caballero.

Por lo que se refería al capitán Heywood, no pareció mostrar el menor interés en su persona. La saludo de un modo apenas perceptible, con voz profunda y algo ronca, y de inmediato se puso a mirar hacia algún punto indeterminado tras ella.

¿Por qué diablos había ido al parque? Estaba claro que no tenía ningún interés en que se la presentaran ni en entablar conversación para conocerla. Tenía la cabeza en otro sitio, muy lejos de allí. ¿Estaría pensando en lady Eliot?

—¿Paseamos, señoritas? —propuso lord Darly dedicándoles a ella y a sus primas una sonrisa luminosa.

Philly rodeó a *Fox* con ambos brazos, lo sujetó contra el pecho y echó a andar de nuevo. *Basil*, *Jasper* y *Dash* remolonearon a su alrededor con la lengua colgando. Estaban demasiado exhaustos de tanta carrera por el prado como para prestar atención alguna a los caballeros.

Lord Edgeworth y el tío Edgar encabezaban la marcha. Philly, sus primas y lord Darly avanzaban tras ellos, y el capitán Heywood iba unos pasos por detrás.

Lord Darly se dirigía a las damas. Charlaba muy animado y pasaba de un asunto a otro con soltura, hablando de la magnífica mañana que hacía y luego comentando el baile que, muy pronto, ofrecerían los Worthing. Elizabeth respondía de vez en cuando con frases que rozaban el flirteo, y Abigail metía baza cada vez que su hermana mayor le daba la oportunidad.

Philly apenas tenía nada que decir y, cuando le hacían alguna pregunta directa, respondía con un monosílabo o una sola palabra. No pasó mucho tiempo hasta que lord Darly se dio por vencido y dejó de esforzarse por despertar su interés, por lo que pasó a centrarse en sus primas, mucho más receptivas.

De vez en cuando, Philly volvía la cabeza y se daba cuenta de que los andares del capitán Heywood se tornaban cada vez más forzados, al tiempo

que los gestos de dolor contenidos se hacían más evidentes en su rostro. No pudo evitar compadecerse muchísimo del joven.

El tío Edgar y lord Edgeworth hablaban en voz relativamente alta sobre la situación de los mercados financieros de Londres, mientras que lord Darly y sus primas se reían mientras comentaban una obra de teatro humorística que se representaba en Drury Lane y que los tres habían visto; por su parte, Philly empezó a andar un poco más despacio, acortando la zancada, hasta quedar a la altura del capitán Heywood como si tal cosa.

La joven respiró hondo antes de hablar.

—Le ruego que me perdone, señor. ¿Me permite que me apoye en su brazo?



Al oír la voz de la señorita Satterthwaite, al hombre le falló el paso, ya irregular de por sí. Había estado con la mirada fija al frente, concentrándose en exclusiva en poner un pie delante de otro, pese a que la pierna no dejaba de molestarle, le dolía. ¿Cuánto tiempo llevaba aquella muchacha a su lado? ¿Unos segundos?, ¿más? ¿Y ahora le pedía apoyarse en su brazo? ¿A él?

En otro momento y otro lugar, quizá se habría echado a reír. La petición de la joven era tan ridícula que lo merecía. De hecho, era absurda.

Pero un caballero no ha de reírse de una dama en su cara. Así que lo que hizo fue ofrecerle el brazo sin decir palabra. Eso sí, con gesto rígido y muy formal.

La señorita Satterthwaite, por toda respuesta, sujetó al pequeño terrier con el brazo izquierdo y enganchó el derecho con el de Arthur.

Todo el cuerpo del joven se tensó. Hacía años que no estaba tan cerca de otro ser humano. De hecho, sentir una mano femenina sobre la manga ya habría supuesto para él un reto de gran magnitud. Pero en la acción de la señorita Satterthwaite no percibió la formalidad debida y que podía esperarse de una dama; lo que hizo la joven fue agarrarle el brazo con firmeza, decidida. Le costó volver a echar a andar. Tuvo que concentrarse en contraer los músculos y respirar.

Tras unos cuantos pasos, dados con cierta dificultad, se produjo un entendimiento mutuo.

La joven se había colocado muy cerca de él, tanto que cualquiera que los mirara pensaría que se apoyaba sobre su brazo para caminar. De hecho, Arthur sospechó que esa era justo la intención de la señorita. Pero, en realidad, lo que ocurría era todo lo contrario. Sin miradas de lástima ni palabras de comprensión, la joven dama le estaba prestando su apoyo. Además, lo había hecho con tanta sutileza que sobraba por su parte toda reacción absurda de orgullo herido. Le conmovió ese gesto, aunque, al mismo tiempo, renegaba de su amabilidad.

El resto del grupo se había alejado bastante. Nadie parecía haberse dado cuenta de que la señorita Satterthwaite y él caminaban del brazo. La voz potente de Edgeworth llegaba transportada por la brisa, así como la risa intermitente de Darly y las hermanas Townsend. Arthur se imaginó que hablaban de los mismos asuntos de siempre de los que habían empezado a conversar hacía unos veinte minutos.

Pensó en decir algo, aunque sin saber muy bien qué. Tal vez algo sobre el tiempo, o alguna pregunta sobre su vida en Devonshire. Pero era una mala idea y la desechó enseguida. Había presenciado su interacción torpe con Darly y Edgeworth, y, salvo que estuviera muy equivocado, le daba la impresión de que a la joven no le interesaban las charlas intrascendentes..., que era lo mismo que le pasaba a él.

Así que caminaron en silencio, la señorita Satterthwaite adaptándose a su paso, con elegancia y facilidad. En ningún momento lo instaba a ir más deprisa y parecía darse cuenta de cuándo aflojar el paso y cuándo sujetarle el brazo con más fuerza. Pensó que era algo digno de mención, pues parecía no prestarle ninguna atención. Cuando la miraba con cautela, veía que parecía más pendiente de los movimientos de sus perros que del caballero desabrido al que acompañaba del brazo. También se fijó en la delicada línea de su cuello y su barbilla, en la curva voluptuosa de sus labios y en el modo en el que la luz resplandeciente del sol hacía brillar su pelo oscuro.

—Capitán Heywood.

Arthur se tensó del mismo modo que cuando lo tomó del brazo.

—¿Señorita?

Levantó los ojos para mirarlo.

—¿Le importaría mucho acompañarme de vuelta a casa? Creo que los perros y yo ya hemos caminado bastante por hoy.

Dado que le estaba hablando de forma directa a él, Arthur pensó que podía mirarla a la cara y de inmediato acusó el efecto sorprendente que causaban aquellos ojos de color distinto. Uno era de un tono azul profundo y el otro ámbar. Eran unos ojos grandes, rodeados de pestañas gruesas y enmarcados por cejas oscuras y arqueadas.

Ese rasgo tan especial podría haberle restado valor al rostro de una mujer menos agraciada, pero, en el caso de la señorita Satterthwaite, aquellos ojos eran el complemento que remataba el conjunto. Desde la elegancia de sus pómulos hasta la generosidad de su boca y la redondez de su barbilla, todo destilaba la misma femineidad suave que mostraba también su figura. No había en ella la más mínima dureza, ni contornos afilados, ni ángulos abruptos, solo una delicadeza innata que se manifestaba en todos los aspectos de su persona. Arthur nunca había conocido una mujer igual.

Buscó en su cara, seria y dulce al mismo tiempo, cualquier traza de lástima. No la encontró. No obstante, sospechaba que el deseo manifestado de regresar a casa tenía más que ver con su problema al andar que con el cansancio que ella pudiera sentir.

—Como desee, señorita. Pero quizá sería conveniente que informara a su tío.

La joven miró en dirección a Townsend, que seguía enfrascado en la conversación con Edgeworth, y después a sus primas, que continuaban riéndole las gracias a Darly.

—No creo que sea necesario.

—Muy bien —asintió Arthur.

Sin decir nada más, dieron media vuelta y se dirigieron a la mansión. Los andares de Arthur eran cada vez más dificultosos, de modo que avanzaban tan despacio que parecía que no se movían. La experiencia le resultaba humillante en grado sumo. Se maldijo por haber sido tan estúpido y orgulloso como para aceptar la invitación a pasear por el parque. ¿Cómo se le había ocurrido? La pierna le iba a pasar factura durante días tras el esfuerzo.

Cuando por fin llegaron a los escalones de piedra que desembocaban en la puerta principal de la casa, la señorita Satterthwaite le apretó con más fuerza el brazo. Arthur dio cada paso con dificultad, tan angustiado por su presencia como por el dolor intenso que sentía en la pierna lesionada.

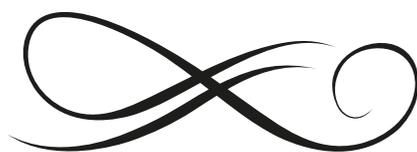
La joven no decía nada. Cuando el mayordomo abrió la puerta, se limitó a urgir a los perros a que entraran en la casa. Una vez más, no parecía prestar mucha atención a su discapacidad, pero Arthur se apoyó en ella al subir las escaleras y, con independencia de que reaccionara o no, la señorita Satterthwaite utilizó todas sus fuerzas para ayudarlo.

Siguió con él mientras avanzaban por el vestíbulo y llegaban a la biblioteca. Solo en ese momento, cuando se encontró delante del sofá, se separó de él.

—Muchas gracias por acompañarme a casa, capitán Heywood. Puede sentarse. Estoy segura de que mi tío regresará pronto. —Inclinó la cabeza para despedirse—. Buenas tardes.

—Señorita —respondió Arthur, haciendo una mínima inclinación de cabeza. Al levantarla, vio que la joven ya avanzaba hacia la puerta, con el perro más pequeño de nuevo entre los brazos y los otros tres pisándole los talones.

Hizo un gesto de desagrado dolorido. Había perdido todo el interés por la vida social. Incluso, a veces, por la vida, sin adjetivos. Pero no pudo apartar la mirada de Phyllida Satterthwaite y siguió a aquella figura grácil con ojos rendidos hasta que ella y sus perros desaparecieron de su campo de visión.



## CAPÍTULO 2

**P**hilly había acudido en ayuda del capitán Heywood igual que habría auxiliado a cualquier criatura que estuviera sufriendo; tras salir de la biblioteca, dejó de pensar en eso. Pasó el resto del día inmersa en las lecciones de baile y escribiendo cartas a sus amigas de Fox Cross.

Durante la cena, se sorprendió de que su tío le preguntara por el capitán Heywood mientras tomaban el primer plato. La señora Vale se había retirado pronto, afectada de jaqueca, pero sus dos primas se pusieron de inmediato en estado de alerta, como esperando a que Philly recibiera una reprimenda por su comportamiento.

—Me sorprende que te acompañara a casa —afirmó el tío Edgard—. Ha sido de lo más inesperado.

—Estaba cansada —explicó Philly—. Le dije que prefería volver a casa y se ofreció con amabilidad a acompañarme. ¿Hice algo que no debía, tío? Pensé que sería mejor que volver sola.

—Mmm... —Tomó varias cucharadas de sopa antes de volver a hablar, en tanto que sus hijas, sentadas al borde de las respectivas sillas, esperaban su respuesta ansiosas—. No, no. Ningún inconveniente —dictaminó por fin—. Heywood no supone perjuicio alguno para tu reputación. —Y, con esa enigmática afirmación, el tío Edgar continuó dando cuenta de la cena.

Elizabeth y Abigail se miraron e intercambiaron risitas. Nadie dijo nada más sobre el asunto.

No obstante, una vez que las jóvenes se retiraron a la sala de estar, mientras el tío Edgar disfrutaba con tranquilidad de su copa de oporto,

sus primas no perdieron un segundo a la hora de comentar el supuesto interés de Philly en aquel capitán de caballería tan taciturno.

—¿No te parece atractivo, Phyllida? —preguntó Abigail mientras miraba y remiraba las cartas que tenía en la mano—. No puede compararse con el vizconde de Carlisle, desde luego, pero en su momento se le consideraba bastante gallardo. Es alto, moreno y todo eso...

Philly alzó la vista un momento.

—¿El vizconde de Carlisle has dicho?

—El hermano mayor del capitán Heywood —aclaró Elizabeth—. Un donjuán y un bebedor, todo el mundo lo sabe.

—Sí —confirmó Abigail—. Pero siempre se comporta con mucha amabilidad.

Philly miró su mano de cartas con el ceño fruncido. Al contrario que a sus primas, no se le daban bien ni le gustaban los juegos de naipes. Su abuelo no aprobaba ningún tipo de juego de azar. Mientras vivía en Satterthwaite Court, tras la cena se dedicaba a tocar el piano-forte o a leerle a su abuelo alguno de sus libros favoritos. El recuerdo de aquellas veladas tranquilas le provocó una punzada dolorosa de tristeza.

Estaba decidida a sacar el mejor partido posible de la nueva situación, pero se sentía muy infeliz y añoraba su vida anterior. Solo la compañía de los perros le procuraba cierto consuelo.

—Aunque quizá prefieras un caballero de pelo claro —presionó Abigail—. Como lord Darly.

—Es evidente que el capitán Heywood no le parece atractivo. —Elizabeth soltó una carta sobre la mesa con un golpe seco—. ¿A quién podría parecerse, con esa cara de pocos amigos?

Abigail miró a Philly con intensidad.

—La verdad es que todo esto no importa lo más mínimo. Después del baile de los Worthing ya estarás comprometida.

Philly alzó una ceja al mirar a su primita.

—Tienes mucha confianza en mis posibilidades.

—¿Y por qué no iba a tenerla?

—Pues porque tengo la impresión de que, pese a los esfuerzos de la señora Vale, mi comportamiento en el baile no será el adecuado y los caballeros se olvidarán de mí de inmediato —dijo con toda sinceridad.

Elizabeth y Abigail intercambiaron miradas desde sus respectivos lugares en la mesa.

—Pero puede que haya alguien en el baile a quien le gustes, con independencia de que tu presentación no sea la mejor posible —aventuró Abigail—. Incluso puede que... ¡Ay! —Traspasó a su hermana con la mirada—. ¿Por qué me has dado una patada, Lizzie?

—No se me ocurriría hacer semejante cosa. Quizá te has tropezado con la pata de la mesa. Si estuvieras más atenta al juego en vez de cotillear como lo estás haciendo, no sufrirías ese tipo de accidentes.

Las hermanas volvieron a intercambiar miradas agresivas.

Philly observó a la pareja con curiosidad. Desde el momento en el que había llegado a Londres, Elizabeth y Abigail Townsend no habían dejado de pelearse. Philly había decidido no tomar parte en esas discusiones intrascendentes. No obstante...

—¿Hay algo que quieras decirme, Abigail? —preguntó—. ¿O tú, Elizabeth?

—No, nada —contesto de inmediato Elizabeth.

Abigail se quedó callada.

Philly suspiró.

—Siendo así... —Dejó las cartas encima de la mesa—. Creo que me voy a marchar.

—¡Phyllida! —gruñó Elizabeth—. ¡No puedes hacer eso! Estropearías la partida.

Philly se levantó pese a la protesta de su prima.

—Soy muy torpe en esta clase de juegos, así que mi presencia es inútil. Os ruego que me perdonéis.

—De acuerdo, Phyllida —dijo Abigail mientras recogía las cartas—. Lizzie y yo podemos jugar al *piquet*.

Se dieron las buenas noches y Philly se encaminó a la puerta. Pudo oírlas hablar en susurros mientras salía al vestíbulo.

—Sabes que no hemos de mencionarle —riñó Elizabeth.

—No he dicho su nombre —replicó Abigail.

Philly sintió un escalofrío en la espalda. Sus primas compartían algún secreto que la concernía a ella. Un secreto sobre algo o, más bien, sobre alguien. Alguien misterioso. Un caballero al que iba a conocer en el baile de los Worthing.

Se preguntaba quién podría ser.



Los siguientes días fueron de preparación trepidante para el baile de los Worthing. Philly estuvo muy atenta, intentando descubrir alguna pista sobre el pretendiente misterioso, pero sus primas se abstuvieron de hacer cualquier comentario al respecto. En cualquier caso, hubo pocas oportunidades. La presencia de la señora Vale era constante. Acudía a las clases de baile de Philly, jugaba con ella a las cartas todas las tardes y la obligaba a probarse distintos vestidos y combinarlos con zapatos y echarpes con el fin de determinar qué conjunto resultaba más adecuado y espectacular para que Philly fuera presentada en sociedad.

A la joven todo eso le resultaba agobiante y esperaba con ansia el momento de escapar al parque con los perros. Aunque la libertad no era completa ni siquiera en esos momentos. De hecho, desde que se había ido a vivir a Londres, no había podido salir sola ni una vez, ni siquiera para pasear a los perros. El tío Edgar insistía en que una criada la acompañara y vigilara siempre. No obstante, y en cierto modo, eran momentos de libertad. Y Philly disfrutaba cada segundo.

El viernes anterior al baile, mientras bajaba a toda prisa los escalones de la puerta principal con *Fox* en brazos, los tres perros más grandes al lado y la criada, Sara, siguiéndola, vio al capitán Heywood bajarse de un carruaje.

Tomó la decisión de hacer caso omiso de su presencia. Parecía un hombre bastante orgulloso y no quería obligarlo a recordar que había tenido que aceptar su ayuda. Así que no volvió la cabeza al llegar a su altura.

—Buenos días, señorita Satterthwaite —la saludó el capitán.

Al oírle, Philly se detuvo de forma abrupta y se sintió incómoda de inmediato. Ni mucho menos había esperado que se dirigiera a ella y en esos momentos pensaba que no haberlo saludado había sido una tontería.

—Buenos días, capitán Heywood.

Se apoyaba en el bastón y presentaba en el rostro, duro como el granito, un gesto solemne.

—Veo que se dispone usted a dar otro paseo.

—Sí, señor.

—El día es muy agradable.

—En efecto, hace muy buen tiempo.

El capitán se mantuvo callado durante un momento.

—¿Sale a pasear a menudo por el parque? Me imagino que así será, dado que tiene muchos perros que cuidar.

—Vengo al menos dos veces al día.

—Por la mañana y por la tarde, supongo.

—Así es. Si por mí fuera, los sacaría a pasear más veces, pero me temo que no soy dueña de mi tiempo.

El capitán Heywood asintió.

—Muy bien, señorita Satterthwaite. No la entretengo más.

Philly le dio las gracias y después, con el corazón algo acelerado, se dirigió con los perros a la calle que conducía al parque.

Cuando, una hora más tarde, regresó a la mansión, la señora Vale la esperaba en el vestíbulo, con los brazos cruzados sobre el vestido austero de pana gris y las mandíbulas tan apretadas que un músculo se le movía de forma rítmica en la mejilla izquierda.

Prudence Vale era tan alta y delgada como su hermano, con ojos grises idénticos y atentos, de mirada inteligente. Siempre tenía los labios tan tirantes que casi le formaban una línea recta y se recogía el pelo hacia atrás en un moño a la altura de la nuca.

Su personalidad era tan severa como su apariencia o más. No le había dicho a Philly que se dirigiera a ella llamándola «tía». De hecho, desde su llegada, la señora Vale no había sido nada amable con ella y solo se había dedicado a instruirla para su presentación en sociedad.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —la regañó—. Si insistes en ir al parque con tus perros, ponte uno de los vestidos de paseo nuevos. Ya no estás en Fox Cross. No puedes salir a toda prisa y pensar que vas a pasar inadvertida. Vas a encontrarte con las damas y caballeros más distinguidos de la alta sociedad, que, además, están deseando verte. ¿Qué van a pensar si te hallan vestida como vas ahora? Te lo voy a decir: creerán que eres una marimacho descuidada que acaba de llegar del campo sin nada que ofrecer. Y, una vez que se queden con esa impresión, no habrá forma de que la cambien. Te lo digo yo, no habrá manera.

Philly empezó a subir las escaleras que conducían a su habitación sin decir una palabra.

La señora Vale la siguió.

—¿Se puede saber si pasa algo con tus vestidos nuevos? ¿O es que no te los pones solo para desafiarme?

—Lo siento, señora Vale. Le prometo que la próxima vez me acordaré.

—Eso espero y más te vale. Cuando salgas a pasear esta tarde, ponte un vestido adecuado. Y, si descubro que te has atrevido a salir de casa con uno de esos zarríos andrajosos que no usaría ni una mendiga, ¡te aseguro que irán todos a la basura antes de que acabe el día!

Esa tarde, cuando Philly se acercó de nuevo al parque con los perros, llevaba un conjunto de los que la señora Vale había escogido para ella. El vestido de batista, elegantísimo, le llegaba a los tobillos, y la casaca *spencer* de color azul sardo estaba muy ornamentada en las mangas y en los puños. La criada le había arreglado el pelo de forma muy elaborada, con tres moños interconectados en la parte baja de la cabeza, y completaba el tocado un sombrero con adornos azules, a juego con la casaca corta.

Se cambió de brazo a *Fox*, muy enfadada por haber tenido que arreglarse tanto solo para sacar a pasear a los perros y que dieran unas carreras en el parque cercano. Cuando vivía en el campo tenía permiso para vestir de forma práctica, pero aquí en Londres se le obligaba a arreglarse como si fuera un pavo real en plena exhibición nupcial.

El hecho de haber nacido con el pelo de color caoba y ojos de distinto color ya era lo bastante llamativo, y lo último que deseaba era aumentar ese efecto con la ropa. Había intentado explicarle eso a la señora Vale durante su primera salida de compras, pero la señora ni se dignó a escucharla. Si bien era una dama conservadora en extremo en lo que se refería a su propio atuendo, no parecía tener el menor recato a la hora de elegir para Philly ropa llamativa, con colores fuertes y los escotes más pronunciados que podían encontrarse en toda Inglaterra.

Tras adentrarse unos metros en el parque, Philly liberó de la correa a los perros, que saltaron y corrieron felices, persiguiéndose unos a otros. Sara intentó agruparlos, y los perros reaccionaron alejándose aún más de ella, como si se tratara de alguna clase de juego. A Philly eso no la preocupaba, sabía que no iban a alejarse demasiado y bajo ningún concepto quería coartar su necesidad de expansión y ejercicio. Ya pasaban bastante tiempo dentro de casa, sujetos y constreñidos en un espacio muy limitado al que no estaban acostumbrados. No iba a permitir que, para un rato que salían, tampoco pudieran correr con libertad.

Siguió andando por el sendero mientras Sara y los perros se alejaban un poco por delante de ella. El pequeño *Fox*, en brazos, no perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor y de vez en cuando también la miraba a ella para sentirse protegido. Philly le dio un beso en la frente, tan perdida en sus pensamientos que ni se fijó en el caballero que estaba sentado en un banco contiguo al sendero hasta que la llamó por su nombre al pasar.

—Señorita Satterthwaite.

Dio un respingo y se volvió para comprobar quién la había llamado, aunque ya había sentido un estremecimiento al reconocer al dueño de esa voz de tono grave y profundo.

—¡Capitán Heywood!



Arthur hizo ademán de ponerse en pie para saludarla de forma apropiada, pero la señorita Satterthwaite se anticipó.

—Por favor, no se levante. Justo iba a sentarme un rato. ¿Le importa que me acomode a su lado?

—¡No, todo lo contrario! —Señaló el espacio desocupado del banco. No tenía la menor duda de que su forma de reaccionar se había debido en exclusiva a la consideración por su dolencia. Por un momento tuvo que resistir la reacción negativa que siempre le producía el hecho de notar cualquier señal de lástima hacia él.

—Señorita —la criada que acompañaba a la señorita Satterthwaite miró a Arthur con cierta prevención—, ¿sigo en la hierba con los perros?

—Sí, por favor —respondió—. Voy a quedarme aquí. Ah, Sara, y una cosa: no los persigas cuando salgan corriendo, pues reaccionarán corriendo más deprisa todavía. Si te quedas quieta y tranquila, volverán hacia ti enseguida.

La criada no parecía muy convencida.

—Sí, señorita.

La señorita Satterthwaite se sentó junto a él, y colocó con cuidado sobre el banco al perro que había llevado en brazos. Una vez estuvo segura de que el animalito se encontraba a gusto, se volvió a mirar a Arthur.

—Siento no haberle visto al pasar. No prestaba atención a lo que me rodeaba.

—No se preocupe lo más mínimo. —Paseó la mirada por la ropa de ella—. De hecho, me ha costado reconocerla. Lo cierto es que ha cambiado mucho con respecto a esta mañana.

Philly bajó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Desde que estoy en Londres, se me exige vestir... de esta forma incluso para sacar a pasear a mis perros. A mí me parece innecesario, la verdad.

—¿Es su tío quien se lo impone?

—En cierto modo. Me ha puesto al cuidado de su hermana, la señora Vale, que ha escogido toda mi ropa nueva y supervisa lo que me pongo cada día y en cada momento. El que no siga sus preceptos la saca de quicio.

—Entiendo.

La joven se tocó, distraída, los galones de la casaca. Parecía azorada.

—Me siento un poco estúpida.

—Está usted magnífica, señorita Satterthwaite.

—De ninguna manera buscaba un cumplido, señor.

—Por supuesto que no. —Arthur apretó con fuerza el mango del bastón mientras reflexionaba. Nunca había sido muy dado a mantener charlas triviales, pero desde su regreso de la guerra, hasta las interacciones más sencillas le suponían una auténtica agonía. No sabía siquiera por qué se había embarcado en esa conversación, pero el caso era que, desde hacía unos días, apenas pensaba en otra cosa que en Phyllida Satterthwaite y su comportamiento hacia él, sereno y discreto, pleno de amabilidad.

—Sé que no tendría que quejarme —continuó la joven—. Son unas prendas preciosas y a cualquier dama le encantaría disponer de ellas. La verdad es que... le estoy muy agradecida... a mi tío por su generosidad.

—Sé que no es una posición envidiable —observó Arthur tras una pausa larga—. Me refiero a estar agradecida.

—No. Tengo muy claro que no lo es. —La chica suspiró de forma muy sentida y volvió la vista hacia el parque.

Los tres perros jugaban en la hierba bajo la supervisión estrecha de esa criada tan cargante. Arthur se preguntaba en qué estaría pensando la señorita Satterthwaite mientras los miraba. De repente, se le ocurrió que tal vez echara de menos su casa.

—¿Es su primera visita a Londres?

—Le confieso que sí. Nunca había salido de Devonshire hasta hace quince días, si exceptuamos las dos veces que acompañé a mi abuelo a tomar los baños en Bath.

—Mi hacienda de Somerset está muy cerca de Bath.

—Ah, ¿sí? —Lo miró con renovado interés—. No sabía que procediera usted de esa parte del país, señor. ¿Ha tenido la oportunidad de visitar Devonshire?

—Sí, muchas veces. ¿De qué zona es usted?

—De un pueblo que se llama Fox Cross. Está cerca de Dartmoor.

—¡Ah, claro! He estado allí

Le brillaron los ojos y esbozó una sonrisa amplia.

—¿De verdad?

Arthur se quedó paralizado durante un instante. Nunca había conocido a una mujer capaz de transmitir tal alegría y afecto con la mirada.

—Cuando éramos muy jóvenes, mi hermano y yo paramos allí cuando íbamos de camino a visitar a unos amigos de la familia que viven en Cornwell.

—Me pregunto si... sería posible que recordara usted a mi abuelo. Sir Charles, de Satterthwaite Court.

—Me temo que no, lo siento. Solo era un crío. Aunque es muy posible que mi padre sí que lo conociera. Se lo preguntaré en mi próxima carta, si usted quiere.

—Se lo agradecería muchísimo —asintió la joven, que resplandecía.

No era un día soleado. De hecho, apenas se veía un trocito de cielo azul entre las abundantes nubes, pero la escasa luz parecía refulgirle sobre el rojo del cabello y le iluminaba la piel con un brillo suave y dorado. Toda su persona rezumaba ternura, no solo su cara.

Arthur intentó no mirarla con fijeza, pero fracasó de forma lamentable.

—¿Ha estado mucho tiempo al cuidado de sus abuelos? —preguntó.

—Toda mi vida.

—¿Y sus padres...?

—Mi padre era el único hijo de mi abuelo, y mi madre la hija del vicario viudo de Fox Cross. Mis abuelos organizaron su boda. Confían en que mi madre fuera capaz de asentar a mi padre. Llevaba una vida bastante... montaraz, por así decirlo. —Frunció un poco el ceño, pero enseguida corrigió el gesto—. Dicen que mi madre era una de las damas más encantadoras de Devonshire y, además, lo más parecido

a una santa de la zona occidental de Inglaterra. Era tranquila y amable. Un modelo de mujer, en resumen.

—¿No la conoció?

—No. No llegué a conocer a ninguno de los dos. Mi madre murió al dar a luz y mi padre en un accidente de carruaje una semana después.

—Así que sus abuelos la criaron como si hubiera sido su hija.

—Sí. Aunque en realidad... no del todo, porque se juraron que nunca criarían a un hijo de la misma manera que habían criado a mi padre. Lo malcriaron y consintieron, algo que podría considerarse natural por ser su único hijo; pero con el tiempo se convencieron de que aquella había sido la causa de su comportamiento inadecuado y hasta salvaje. Así que, aunque me querían mucho, me educaron de forma muy estricta. Nada de bailes ni de reuniones sociales. Nada de visitas a Londres. Vivíamos una vida muy retirada.

—Suenan desalentador, la verdad.

—¡No, qué va! Con mis perros me sentía muy acompañada. Y había vecinos del pueblo y arrendatarios que visitar; gente decente y trabajadora, amigos de toda la vida. Nunca me he sentido sola.

—¿Nunca experimentó la necesidad de ir a sitios más lejanos? De ver mundo, quiero decir.

—Nunca pensé en eso, la verdad. Sonaba imposible... y, además, no iba con mi carácter. No obstante..., cuando mi tío llegó a Satterthwaite Court y me dijo que debía ir a Londres con él, subí al carruaje sin protestar. —Se tocó un guante con aire ausente—. ¿Cree usted que hice bien, capitán Heywood?

Sintió la necesidad imperiosa de cubrirle las manos con las suyas. Pero, por supuesto, no lo hizo.

—Entiendo que no deseaba usted venir a Londres. ¿Es así, señorita Satterthwaite?

—En efecto, no quería. Pero lo que sí quería a toda costa era hacer lo correcto. Hacer lo que se esperaba de mí.

—¿No tiene otra familia a la que pueda acudir?

—No, no tengo a nadie. —Se quedó mirando a los perros durante varios segundos—. ¡Qué afirmación tan lacrimógena! Le ruego que me perdone. No quiero sonar como si estuviera entre la espada y la pared. De hecho, creo que tengo que estar muy... muy...